

# Mundo desbocado. Cómo la globalización está remodelando nuestras vidas

ANTHONY GIDDENS. NEW YORK: ROUTLEDGE, 2000, 124 PP.

IRVING LOUIS HOROWITZ\*

El papel de cualquier escrito académico que versese sobre los grandes temas y problemas de la sociedad es el de harcerles disección y convertirlos en trozos digeribles. La trayectoria que tiene nos dice que el autor de este libro tiene muy buenas condiciones para llevar a cabo ese tipo de trabajo. "Anthony Giddens es el actual director de la London School of Economics y ha sido consejero tanto de Bill Clinton como de Tony Blair. Autor de 31 libros, que incluyen títulos tan conocidos como *La Tercera Vía y Más allá de izquierda y derecha*, su obra ha sido traducida a 22 idiomas. Ha enseñado en varias universidades, entre ellas Cambridge, Harvard, Stanford y La Sorbona", como dice la contracarátula de este libro.

El presente ensayo, estirado hasta convertirlo en libro, ha de tomarse con seriedad debido a la proxi-

midad del profesor Giddens con "Tony" y con "Bill", las cabezas del poder ejecutivo en el Reino Unido y en los Estados Unidos. Dos hombres cercanos a Giddens, de los que podemos presumir que tienen intereses creados en la mejor manera de hacer disección del mundo.

Este breve escrito monográfico se inició como texto de las Conferencias Reith de 1999; dada su brevedad, la larga lista de personas a las que se les da reconocimiento por haber contribuido a la materia de la que trata, hace suponer que el profesor Giddens estima mucho su contenido. Y éste a su vez lo podemos leer en varios niveles: como un ejercicio de análisis, como una formulación de política o como un ejercicio prospectivo acerca de cómo reconfigurar la naturaleza del universo social. Cualquiera que sea

la perspectiva de uno como lector, lo mejor sería comenzar por la quinta parte de este volumen, que es la que hace explícita la construcción del propio razonamiento. En busca de una visión nueva y panorámica, Giddens postula la globalización, el riesgo, la tradición, la familia y la democracia como sus referentes centrales. En verdad hay grandes diferencias entre el "riesgo", que implica estrategias de promoción del cambio, y la "familia", un concepto con raíces institucionales profundas en la civilización occidental. Aun así debemos apreciar el esfuerzo que hace el autor por abordar el aquí y el ahora, sin prescindir del todo del pasado, o de las consideraciones predictivas.

A la globalización está dedicado el primero de los cinco segmentos. El colapso del imperio soviético y del mundo bipolar que exis-

(\*) Irving Louis Horowitz, editor de la Revista *Society*, profesor emérito de Sociología y Ciencia Política de la cátedra Hannah Arendt, en Rutgers, la Universidad Estatal de New Jersey. Reseña cedida por el autor expresamente a ANÁLISIS POLÍTICO. La traducción es de Fernando Cubides, profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

tió durante gran parte del siglo XX, es lo que introdujo la globalización del libre mercado y de la política democrática. Giddens asume, aun cuando no siempre de manera explícita, que esos dos "picos gemelos" son los que ayudan a explicar por qué el sistema comunista llegó tranquilamente a su ocaso. Pero si la globalización significa racionalidad económica en una escala internacional, deja intacto al Estado a escala nacional. Giddens afirma que la presente es "la primera generación que vive en la antesala de una sociedad global cosmopolita". La ventaja es que presumiblemente ya no tenemos enemigos, y sólo hay entidades con diferencias étnicas, raciales y religiosas. De mi parte no estoy tan seguro en cuanto a de qué manera lo anterior distingue a nuestra época de los siglos pasados en lo relativo a la intensidad de los conflictos, pero sí es cierto que la globalización implica una ruptura con el aislacionismo como posición política en el mundo occidental. Giddens ve como solución a la pérdida del poder el vínculo de la globalización como fuerza económica, con el cosmopolitismo como pauta cultural. Una formulación que hace difícil entender cómo la impotencia, o pérdida de poder que experimentan los individuos, es mayor en un contexto global que en un contexto nacional.

El segundo concepto –el de riesgo y su complemento, el de toma de riesgo–,

es, de lejos, la parte más comprometida del libro. El autor anota, correctamente, que el riesgo está asociado al auge de lo probabilístico y de la incertidumbre en las ciencias. El manejo del riesgo es, pues, una tarea de los gobiernos y también de los individuos; basta mirar los daños ambientales que produce la industria química y sus accidentes, o los que implican la toma de decisiones en asuntos más mundanos como la dieta personal, el uso de las medicinas o incluso el matrimonio, para comprender las modificaciones que se han producido en las relaciones entre el conocimiento científico y la sociedad. Giddens se opone a la superstición y otras formas de comportamiento luddita, en tanto que reconoce que hoy los individuos afrontan un nuevo desafío: determinar por sí mismos la cantidad de riesgo aceptable en la búsqueda y conformación de sus estilos de vida. Pero cómo, en concreto, la globalización incide en la toma de riesgos, no es algo que se examine acá. Por tal razón no se ven conexiones entre los riesgos que implica la manipulación genética de nuevos tipos de alimentos, y el eterno riesgo que implica el matrimonio. Pero como veremos en las consideraciones que hace Giddens sobre los asuntos domésticos, en últimas, esa diversa clase de riesgos están conectados.

Al atacar al fundamentalismo, el autor retoma uno de los temas dominantes a

lo largo de su obra, en la medida en que ha tendido a considerar la tradición como una antigüedad, una invención del pasado. Dicha perspectiva nos confirma que Giddens es un hombre de la Ilustración, o –para decirlo en términos del siglo XXI–, un cosmopolita. Tiende a ver la tradición poco más que como una adicción; la influencia del pasado sobre el presente va en dirección contraria a la actualidad global. Giddens ve en el actual un mundo en el que hay diversas creencias religiosas y normas culturales pero compitiendo por la necesidad de una justificación racional de sus respectivas tradiciones. Se nos asegura que la tradición termina siendo fundamentalismo, ya sea religioso o político, en tanto que la modernidad conduce al cosmopolitismo. Una vez más, Giddens asevera que necesitamos algo sagrado, y lo encuentra en una moralidad cosmopolita. Y deduzco que él está postulando un estilo tolerante en lo personal, y una convicción política de corte liberal.

El inconveniente serio que tiene esa línea de argumentación es que no logra demostrarnos la creciente interdependencia del mundo. La brecha económica entre naciones ricas y pobres siguen siendo muy grande, y la incidencia de cada uno de los males, desde la muerte prematura por el Sida y las carencias básicas, hasta las diferencias económicas que son prácticamente irremontables,

siguen existiendo. Mientras que a Samuel Huntington se le cita con frecuencia, su idea acerca del choque de las civilizaciones no es tenida en cuenta; tampoco aquella noción suya que entiende al mundo como dividido por luchas de gran escala por motivos de religión, etnicidad, raza y otra multitud de características adscritas. Aun cuando Giddens tiene razón al considerar la naturaleza inventada de mucho de lo que pasa como tradición, esto difícilmente desvirtúa la percepción contemporánea de un mundo con más divisiones que las que implica la línea de tradición y modernidad, tal como lo era, por cierto, el mundo preglobalizado. Si las tradiciones son una invención humana, eso no nos exime de ocuparnos de ellas.

Giddens se ha hecho a un nombre gracias a la difusión que alcanzó su obra *La tercera vía*, al punto que ese título ha llegado a ser un eufemismo para muchas cosas, a veces contradictorias. Y los inconvenientes de esa perspectiva se hacen evidentes en el capítulo sobre la familia. Mientras lo que escribió sobre el riesgo mantiene un cierto sentido de equilibrio, en lo que hace a la familia se declara partidario abierto de los nuevos estilos de las relaciones interpersonales. Según afirma, teniendo "los argumentos de la derecha política y del fundamentalismo en mente", Giddens postula que "la persistencia de la familia

tradicional, o de aspectos de ella en muchas partes del mundo es más de lamentar que su decadencia". ¿Cuáles son las fuerzas más importantes que promueven la democracia y el desarrollo económico en los países pobres? Según Gi-ddens, son la cantidad y la calidad de la educación de las mujeres. ¿Y qué es lo que debe cambiar para hacer posible mejoras necesarias en ambos sentidos? "Lo más importante, la familia tradicional" (p. 83) La incidencia de la catástrofe social que significa en las sociedades modernas la multitud de familias deshechas y cierta tendencia al abandono de todo tipo de reglas morales, parece dejar indiferente a Giddens. Tal vez sea esto lo más perturbador en una obra que comienza con la moderada ambición de mostrar cómo el cosmopolitismo y la creciente globalización del mundo pueden dar por terminadas formas seculares de disensión, pero termina con formulaciones dogmáticas y no fundamentadas.

Todo ello apenas puede menos que inflamar las pasiones, y reafirmar las posturas de quienes Giddens pretendía convencer. Más aún, la conocida definición marxista en el *Manifiesto Comunista*, según la cual el matrimonio es una prostitución legalizada, encuentra aquí una clara resonancia en la convicción de Giddens de que el matrimonio es una "inequidad legalmente definida". Con qué piensa rem-

plazar Giddens la obsoleta institución matrimonial, resulta menos claro.

El capítulo final, sobre la democracia, está lleno de obviedades, tales como la redundante definición de la democracia: "La idea más poderosa y llena de energía del siglo veinte" ("powerful energizing idea" p. 88). Y una vez más nos topamos con lo que podría ser una "paradoja": mientras que Giddens asegura que la democracia se está ampliando en el mundo, afirma a la vez que hay una desilusión creciente que proviene de la corrupción y del mercado libre. En oposición a Peter Berger, Michael Novak e Irvin Kristol, aquí recibimos la notificación de que frente a la disyunción entre democracia y capitalismo, el presente nivel de globalización es incapaz de producir una "cultura civil". Y puesto que los estados comunistas fueron menos capaces aún de crear una cultura semejante, ¿con qué debemos remplazar tanto al comunismo como al capitalismo? La solución de Giddens a ese problema consiste en una inquietante teorización acerca del federalismo mundial y en otras consideraciones que nos hacen retroceder a la cultura angloamericana de mediados del siglo XX y a escritores como Emery Reeves y H. G. Wells.

Sin embargo, el más inquietante de los aspectos de este pequeño tratado es la inferencia que ex-

trae Giddens de sus observaciones acerca de la globalización. Adonde quiera que dirige su mirada, Giddens encuentra la necesidad de mayor ingerencia gubernamental en los asuntos de la gente. Pese al reconocimiento del significado de la caída de los regímenes totalitarios de Rusia y de Europa del Este, que el propio Giddens señala y señaló en su momento, sigue encontrando necesario "democratizar la democracia", lo que nos conduce bien pronto a la formulación de "democratizar tanto por arriba como por abajo el nivel de la nación" (p. 93). Que esto difícilmente puede confundirse con el llamado mundial a la reducción del gobierno, lo hace evidente la conclusión del propio Giddens: "Nuestro desbocado mundo no necesita menos sino más gobierno, y esto es algo que sólo las instituciones democráticas nos pueden proporcionar" (p. 100). Toda la historia del siglo XX puede pasar ante los ojos de Giddens. Y es una historia que confirma que en materia de gobierno lo mayor no es lo mejor, y que la democracia desde arriba termina en regímenes como los de Robespierre o Lenin, y que el llamado de los líderes a

"las masas" suele significar la liquidación de los individuos que se les oponen. El impulso de la administración Clinton en los Estados Unidos –y del gobierno Blair en el Reino Unido, que habla de promover la democracia desde arriba–, encuentra su confirmación ideológica en Giddens. Pero como jefes de Estado, están mejor servidos por sus críticos que quienes los defienden como cruzados de una causa.

Son evidentes las limitaciones del papel de consejeros que han asumido algunos científicos sociales. También en ello hay vientos de cambio, y se advierten cambios en los propios términos del debate. El *New York Times*, ya en junio del año 2000 nos informaba que *La tercera vía*, y sus miembros fundadores, el presidente Clinton y el primer ministro Blair, pasaban tiempos difíciles, y que los propios líderes se enzarzaban en una discusión por los términos adecuados de sus respectivas orientaciones.

La evidencia indica que la retórica de la democracia social basada en el libre mercado y la globalización ha suavizado su postura. Dicha retórica se ha mostrado oscura, y el movimiento opositor en su contra se muestra más

amplio y más convincente de lo que los líderes de la democracia desde arriba habían anticipado. Ya el canciller alemán Schröeder se ha apartado de la declaración inicial sobre *La tercera vía*, mientras que el Primer Ministro del Canadá, Jean Chrétien, otro entusiasta de los primeros tiempos, rechaza del todo ese rótulo y prefiere ser llamado "un hombre del centro radical".

*La tercera vía* se encuentra atrapada en el propio y ambiguo nacionalismo que buscaba superar. Algunos de sus ecos se oyen en Brasil y en Suráfrica, pero no encontramos nada de ella en democracias sociales como Finlandia en el norte o en España en el sur de Europa. Los que se ven como "desbocados" son los esfuerzos por mantener algún significado coherente para términos como la "tercera vía", y "globalización". Los esfuerzos iniciales de Giddens como profeta político, en sus obras *La tercera vía* y *Más allá de izquierda y derecha* se han convertido en lemas intelectuales sin sustancia. Tal vez estemos en el vértice de un mundo desbocado, pero hay poca evidencia de que esté corriendo en la dirección prevista o aprobada por el profesor Giddens.